

que ángeles: hay traición y crimen por doquier y los indios aborígenes, dentro de su primitivismo y de su naturaleza salvaje, resultan menos odiosos y temibles que muchos de los compañeros de naufragio de John Byron. "Zig-Zag" se ha anotado con la publicación de esta obra, magníficamente editada, con una abundante iconografía y una hermosa portada que es copia de una edición inglesa de 1807, uno de sus éxitos editoriales del año; no cabe duda de que la obra verá varias ediciones entre nosotros.—D. C.

"SONATA", de *Daniel Belmar*. Zig-Zag, 1955

Cuando Daniel Belmar publicó su primer libro *Roble Huacho*, la crítica lo saludó como a un novelista que se incorporaba a la generación de 1940, cuyo principal representante, Nicomedes Guzmán, le daba en el prólogo el espaldarazo literario. Pues Belmar se sumaba al grupo generacional que ha reavivado la crudeza del naturalismo zolesco, con esa visión patéticamente humana de la gente humilde expresada en un tremendismo de intención proselitista.

*Roble Huacho* dió a su autor rango de primera línea entre los escritores de su promoción. Hay en esta novela pasiones exacerbadas, sordidez en los ambientes, intensidad en la tipificación de los personajes —seres de reacciones violentas, casi morbosas—, evocación animada de una pequeña ciudad del sur, de clima lluvioso, en un lugar donde los renovales pretenden el vigor de la selva primitiva. Belmar no tamizó el verismo de las circunstancias humanas: dinámico y varonil, preciso y descarnado, lindante en lo pornográfico por su afán de ser exacto y verídico.

En *Coirón*, novela ambientada en el territorio argentino del Neuquén, estilizó el drama de los numerosos chilenos que allí viven, nostálgicos de la patria, en un medio físicamente ingrato y hasta hostil en la convivencia cotidiana. Con elementos simples tramó admirablemente el relato. Su voluntad de perfección expresiva lo condujo a la rebusca de imágenes y a exhibir recursos estilísticos de giros y léxico inusitados. *Coirón* ha quedado inscrita en el registro de las grandes



novelas americanas, en que se dramatiza la lucha del hombre con el medio.

Un nuevo aspecto de su arte de novelar nos ofrece ahora Belmar con *Sonata*. El subtítulo —Carta de una adolescente— nos introduce en el mundo de ficción de una muchacha de quince años cuya plenitud sentimental se traduce en la evocación de su niñez en torno a los hechos menudos de su intimidad hogareña. Nada de extraordinario hay en sus recuerdos. Ni pasiones eróticas ni la inquietud torturadora del despertar sexual. Sucesos de su propio vivir, observaciones sobre personas y cosas que en sí nada tienen de singular, como que la existencia de la adolescente transcurre sin bruscas alternativas en los episodios; pero dentro de continuos sobresaltos emotivos en lo subconsciente. Todo ello contado en tal forma que nos sentimos cogidos de la mano de la muchacha, llevados a sus estratos sentimentales, viviendo con ella los mismos sucesos diarios, participando de sus afectos o distanciando a quienes la hieren.

*Sonata* nos coge, nos retiene, tenso el interés por descubrir lo que a la adolescente le acaece, identificados lector y protagonista en un mismo plano vital. Respiramos la atmósfera novelesca, intervenimos en la vicisitudes de la fábula, corporizamos a los personajes con relieve de seres reales.

La joven de *Sonata* es una de esas tantas muchachas que nacieron signadas por un carácter suave, soñador, cuyo destino se realiza a medias porque hay una circunstancia encubierta que impide que su naturaleza en formación irrumpa alegremente.

¿Por qué esa adolescente es retraída, tímida, soñadora, como si en ella los quince años significaran un desencanto prematuro? ¿Por qué en sus recuerdos apenas hay lugar para los juegos y actitudes propios de su edad? A través de su diario nos vamos dando cuenta de que existe un muro que le reduce su ámbito a límites estrechos, mezquinos. Ella es hija del amor. Su madre la tuvo de un hombre con el cual no pudo casarse. La madre por esto debió huír del hogar, ocultar su amor como un pecado, vivir pobremente con lo que el hombre le daba, en sórdidas pensiones o en piezas de una



cité, alternando con gente de ínfima condición. Un sello de amargura se grabó en su semblante, reflejado en sus silencios llenos de orgullo, en su vivir recatado, entregada al cuidado de la hija. La niña nada sabe ni comprende. Así ha vivido y crecido, en un hogar triste, pobre, recibiendo de cuando en cuando la ternura de su padre, quien también padece la amargura de la frustración.

Temperamento hipersensible, la adolescente se formó en un medio propicio a la evasión romántica y a sumirse en los recuerdos para revivir el pretérito con esos tonos desvaídos con que se ven las cosas a la distancia. Pone siempre una bruma entre el presente y el pasado, incluso la estancia en donde escribe aparece como desdibujada en la penumbra: "La luz de mi lámpara derrama su silenciosa catarata sobre la mesa en que se amontonan mis textos escolares. La verde loza de la pantalla difunde hacia la penumbra circundante leves tonalidades submarinas, de las que emergen en mágico reposo, detenidas y, sin embargo, a punto de trocarse, acumulando singular latencia, las cosas amadas que los años reunieron a mi alrededor".

Los recuerdos se inician en una pequeña ciudad del sur, y luego continúan en una grande, también del sur. Las lluvias pertinaces, los vientos ululantes, integran con su insistencia grisácea la desolación del ambiente familiar. Belmar no cae como Luis Durand en la sentimentalidad lacrimeante ni en el romanticismo provinciano. Sabe detenerse en el instante preciso en que la poesía del tiempo distante y de las cosas desteñidas logran su exacta impresión. Armonizan el lenguaje y el ritmo de la frase con la emoción de los sucesos evocados. El período breve, sugerente, se combina con el encadenamiento de los episodios en expresiones de suave cadencia como música asordina-da. De cuando en cuando, un incidente grotesco o la caricatura de un ser de índole torva, una leve ironía.

En las páginas finales de su diario recuerda la joven los momentos trágicos del terremoto del 24 de enero de 1939. Sus palabras se tornan dramáticas, patéticas, pero sin estridencias ni lamentaciones. La nota menuda, el detalle humano, la desgracia colectiva del pueblo a través del dolor de la gente humilde, vencida, angustiada, logran



su plena expresividad, referidos en palabras elementales, cotidianas.

Acaso Belmar se equivocó al poner en el espíritu de una muchacha de quince años tan afinado sentimiento y una inteligencia tan aguda en sus observaciones. Inverosímil, sin duda. Pero esta inverosimilitud se anula fácilmente con un poco de imaginación del lector, pues basta suponer que la niña ha traspuesto los límites de la primera juventud y que entró en sazón. Y es tan leve la falla del autor, que en nada aminora la calidad humana y estilística de *Sonata*.

Obra de tal jerarquía literaria, que no es exagerado comparar *Sonata* con las novelas de la primera época de Baroja, o con el Azorín de "los primores de lo vulgar", de que hablaba Ortega o con el Valle-Inclán de las *Sonatas*, sobre todo la de otoño, limadas las orfebrerías barrocas y ausentes las lascivias del Marqués de Bradomín. Se aproxima a ellos Belmar por el detalle sugerente con que pinta el medio, por el empleo de trazos rotundos en el retrato de los personajes, por el realismo temperado, por el estilo de tono menor, como corresponde a recuerdos revividos a través de esa bruma con que esfuminan el pasado las almas sensibles.—*Milton Rossel*.

"EL CAPANGA", de *Jorge Guzmán*. (Primer premio en el Concurso Nacional de Cuentos organizado por "El Mercurio", 1956)

Siempre la concesión de un premio literario desencadena, junto a la congrua porción de panegíricos, una ola de opiniones adversas que enjuicia la obra galardonada más bien desde puntos de vista subjetivos, haciendo hincapié en los aspectos débiles que en ella se cree adivinar. *El Capanga* no se ha librado en absoluto del funcionamiento de este mecanismo. Ha sido piedra de escándalo al respecto, el que su autor haya declarado la dependencia argumental de su relato de una leyenda boliviana, porque se ha creído ver en el cuento tan solamente un plagio, o, en el mejor de los casos, una versión en buen castellano del antecedente legendario. Esta aseveración hace necesario revisar con un poco de detenimiento la situación a que alude. Junto a las obras literarias existen paralelamente formas elementales de